

Combatientes de la paz y de la democracia

Pablo Neruda

Pablo Neruda, el gran poeta chileno, es sin duda alguna el mejor poeta contemporáneo de habla española. Sus versos se traducen a todos los idiomas, sus poemas penetran en todos los países, incluso en la España franquista donde despiertan la admiración y el respeto de núcleos de la joven intelectualidad española que se afana por salir de las tinieblas que el franquismo representa.



Pero Pablo Neruda no es solamente un poeta, es un militante comunista, un combatiente abnegado de la causa de la paz y la democracia en el mundo entero. Su paso a esta gran barricada de lucha de los pueblos donde combate con el arma afilada de su vibrante poesía, constituye un ejemplo que el propio Neruda brindó a los intelectuales progresivos de América Latina, desde la tribuna del Congreso Latino Americano de los Partidarios de la Paz.

He aquí una referencia abreviada del gran discurso pronunciado por Pablo Neruda en dicho Congreso.

Mi país, como ustedes saben, es el más lejano de nuestra América. Ha sido ocultado cuidadosamente por la cordillera, por el mar y por el feudalismo. [60]



Desde el Congreso de París y Praga de 1949, se han formado Comités de Partidarios de la Paz en unos 50 países.

Han tenido lugar Congresos por la defensa de la paz en Argentina, Australia, Bélgica, Brasil, Canadá, Cuba, China, Finlandia, Japón, México, República Popular de Mongolia, URSS, Inglaterra, etc.

En el movimiento de partidarios de la paz participan la Federación Sindical Mundial -que ha hecho suyos los acuerdos de París-, con 72 millones de afiliados; la Federación Democrática Internacional de Mujeres, con 81 millones de adheridas; la Federación Mundial de la Juventud Democrática, que agrupa más de 60 millones de jóvenes. Pasan de 600 millones los partidarios de la paz organizados por todo el mundo. Éste es un movimiento sin precedentes en la historia.

Sin embargo, muy pronto, grandes potencias fijan su atención en aquel territorio delgado y herido. Así pasó en el mes de junio de este año. Dos grandes naciones quisieron invitar en este instante a dos chilenos. El gobierno de los Estados Unidos de América del Norte invitó al general en jefe del Ejército chileno. Yo no soy general, soy simplemente un poeta, y, sin embargo, en aquel instante una gran nación me invitó a visitarla. Esta nación fue la Unión Soviética, y casi en las mismas horas en que el general chileno se dirigía a husmear, desde lejos, la bomba atómica, yo volaba a celebrar el aniversario de un viejo poeta, de un profundo y pacífico poeta: Alejandro Sergeievich Puchkin.

Hace ya tiempo que el general volvió a mi patria. Yo no he podido volver, entre otras cosas, porque no estoy seguro de que entre aquellas balas que el general adquirió en su viaje, no hay alguna que me esté destinada. El hecho es que desde su vuelta, en mi país, se ha fomentado el espíritu bélico, y este general, cumpliendo tal vez con lo que cree su deber, escribe artículos sobre geopolítica y pretende en ellos que mi tierra lejana se convierta en un arsenal para una guerra extracontinental. Y me parece, será bueno decirlo, que no sólo hay palabras dichas después de esta invitación, me parece también que hay bases militares, y que los barcos viajan desde los grandes puertos norteamericanos hacia las tierras australes cargados de armas. El hecho es que poco después de celebrado el viaje, y por primera vez después de muchos años, los gobernantes chilenos han gastado balas y pólvora, tal vez ensayando la guerra, y ensayándola, naturalmente, contra el pueblo chileno. Cerca de cien muertos y quinientos heridos han teñido las calles de la lejana República. Han tenido éxito, como se ve, las lecciones que aprendió con otros militares el invitado de Chile; y han tenido éxito porque hace de pretendiente de mi país un simple mayordomo sostenido allí por los intereses mineros norteamericanos, y este mayordomo servil no tiene porqué preocuparse demasiado por la salud de los hijos de Chile.

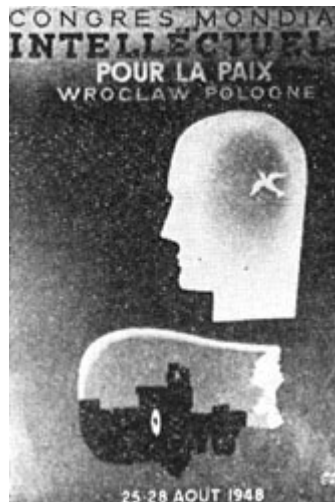
Si yo hubiera vuelto a mi país hubiera llevado otras historias, otras experiencias y diferentes verdades. Habría llevado la verdad de Puchkin, el canto, la bandera de Puchkin, es decir, de un viejo poeta, del poeta central de su pueblo, que [61] otra nación habría olvidado, pero que la Unión Soviética, lejos de olvidar, elevó sobre toda su vasta tierra.

Tal vez en estas dos invitaciones tengamos la clave de cuanto está ocurriendo. Tenemos, de un lado, que cuando se descorre la cortina de dólares por las autoridades de inmigración es para que los generales de América Latina vean de cerca, no muy de cerca tampoco, las posibilidades de destrucción en masa que un gran país exhibe con extraño orgullo; y, del otro lado, cuando se penetra a través de la cortina de calumnia con que se quiere cercar a ese mundo nuevo, se nos muestra la monumental victoria del espíritu a pesar del tiempo, y la veneración de un alto hecho de la cultura humana, compartido por la totalidad de un pueblo.

En el Congreso de los Partidarios de la Paz del continente americano las delegaciones estaban compuestas de:

Argentina, 35 delegados; Brasil, 40 delegados; Canadá, 15; Colombia, 2; Costa Rica, 11; Cuba, 50; Chile, 9; República Española, 30; Ecuador, 1; Estados Unidos, 186; Guatemala, 27; Honduras, 1; México, 700; Nicaragua, 2; Paraguay, 2; Puerto Rico, 2; El Salvador, 2; Uruguay, 2; Venezuela, 7.

Las repúblicas del Perú, Bolivia, Santo Domingo y Haití no pudieron enviar delegados pero enviaron representaciones.



Pero, nos preguntamos, ¿es que la influencia de los fabricantes de armamento se reduce únicamente a penetrar en nuestras tierras por conducto de algunos generales mensajeros?

Por cierto que no es así y tal vez nunca la historia nos ha dado la oportunidad de ver tan claro en su acontecimiento. Es que en la guerra que se prepara, guerra necesaria para que los grandes monopolios aseguren en nuestra América Latina sus imperios ante la creciente amenaza de los pueblos que luchan por su independencia económica, está la preparación de un drama inmenso que quiere ocultar la inmensidad de una agonía. Y dentro de este sistema agonizante la creación cultural muestra síntomas graves de enfermedad mortal.

Quiero decir, por primera vez, una importante decisión personal que no traería a este recinto si no fuera porque me parece estrechamente ligada a estos problemas. Hace

poco, y después de haber recorrido la Unión Soviética y Polonia, firmé un contrato en Budapest para la publicación en lengua húngara de una antología de todos mis poemas. Y luego de firmado, en una reunión con traductores y editores, se me pidió que indicara yo mismo, página por página, lo que debía ser incluido en este libro. Yo había visto los miles de jóvenes muchachos y muchachas que empezaban a llegar a Hungría de todos los puntos del planeta para participar en el Festival Mundial de la Juventud; yo había visto, entre los escombros de Varsovia, salir caras de jóvenes estudiantes [62] que entre sus clases de Anatomía levantaban de nuevo el destruido pedestal de la paz, y yo había visto con mis ojos los inmensos edificios construidos en unas cuantas semanas sobre los escombros de Stalingrado por veinticinco mil jóvenes voluntarios llegados de Moscú; yo escuché en aquellas tierras como un rumor de abejas de una arboleda infinita, la alegría pura, colectiva, innumerable de la nueva juventud del mundo.

Y cuando aquel día, después de tantos años de no leer mis antiguos libros, recorrí, frente a los traductores que esperaban las órdenes para empezar su trabajo, aquellas páginas en que yo puse tanto esfuerzo y tanto examen, vi de pronto que ya no servían, que habían envejecido, que llevaban en sí las arrugas de la amargura de una época muerta. Una por una desfilaron aquellas páginas, y ni una sola me pareció digna de salir a vivir de nuevo. Ninguna de aquellas páginas llevaba en sí el metal necesario a las reconstrucciones, ninguno de mis cantos traía la salud y el pan que necesitaba el hombre allí.

Y renuncié a ellas. No quise que viejos dolores llevaran el desaliento a nuevas vidas. No quise que el reflejo de un sistema que pudo inducirme hasta la angustia fuera a depositar en plena edificación de la esperanza el légamo aterrador con que nuestros enemigos comunes ensombrecieron mi propia juventud. Y no acepté que uno solo de esos poemas se publicaran en las democracias populares. Y aún más, hoy mismo, reintegrado a estas regiones americanas de las que formo parte, os confieso que tampoco aquí quiero ver que se impriman de nuevo aquellos cantos.



Don José Giral, expresidente del Gobierno de la República y miembro del Comité Mundial de Partidarios de la Paz, refiriéndose a la penetración norteamericana en España, ha declarado en México:

«Se han acomodado y fundado grandes aeródromos -más de 300 en toda España repartidos- que España no necesita... Esos aeródromos han sido inspeccionados, han sido dirigidos por agentes militares de alta graduación en Norteamérica...»

Éste y muchos otros hechos muestran la amenaza directa que pesa sobre España. El imperialismo norteamericano, en complicidad con Franco, actúa para hacer de España una base estratégica. De

aquí el carácter decisivo que tiene para el pueblo español la defensa de la paz.

Hemos llevado los poetas de este tiempo dentro de nosotros mismos las dos fuerzas contrarias que producen la vida. Y ha llegado la hora en que escoger. No se trata puramente de escoger nuestra conducta: se trata de escoger la responsabilidad dentro de nuestro propio ser.

Todo un sistema moribundo ha cubierto con emanaciones el campo de la cultura y muchos de nosotros hemos contribuido con buena fe a convertir en más irrespirable el aire que pertenece no sólo a nosotros, sino a todos los hombres, a los que viven y a los que van a nacer. [63]

¿Por qué vamos a dejar marcada nuestra huella sobre la tierra, como la que dejaría en la arcilla mojada la desesperación del ahogado?

Sin embargo, es claro que muchos de los creadores de nuestra época no se dan cuenta de que aquello que les pareció la más profunda expresión del ser, es muchas veces veneno transitorio depositado dentro de ellos mismos por sus más implacables enemigos.

«Y este año que la cosecha se presenta muy floja, Franco ha dado órdenes secretas a sus lacayos para que requisen hasta el último grano, porque necesita almacenar grandes cantidades de víveres para la nueva guerra que está preparando a las órdenes de los grandes capitalistas norteamericanos, y para la cual -en este aspecto también se acuerda de vosotros- cuenta también con vuestros hijos como 'carne de cañón barata' para la más horrenda de las matanzas».

(De una octavilla repartida por Aragón, que demuestra cómo los partidarios de la paz del interior de España unen acertadamente la lucha por la paz a los problemas inmediatos que agobian al pueblo español).



El capitalismo agonizante llena la copa de la creación humana con un brebaje amargo. Hemos bebido este licor en que se juntan todos los venenos. Los libros de lo que llaman la cultura occidental, en su mayor parte, han contenido dosificadas fuertemente las drogas de la agonía de un sistema. Y nuestra juventud de América Latina está bebiendo ahora las heces de una época que quiso extirpar de raíz la confianza en los destinos humanos, suplantándola por la desesperación absoluta.

La burguesía ha apoyado con intensidad a estos protagonistas del derrumbamiento. En los últimos años hemos visto cómo nuestros snobs se han apoderado de Kafka, de Rilke,

de todos los laberintos que no tengan salida, de todas las metafísicas que han ido cayendo como cajones vacíos desde el tren de la historia, se han convertido en defensores del «espíritu», en brahmines americanistas, en profesionales enturbiadores de la charca en que chapotean. Han decretado el olvido para los grandes humanistas de nuestra época. En nuestra América Latina estos pigmeos se sonrojan cuando se menciona a Gorki, a Roman Roland, a Barbusse, a Ehreburg, a Dreiser. Estos señoritos no pueden nombrar a Balzac. Estos sobrevivientes quieren hacernos creer en un surrealismo fallecido y enterrado y que sólo sirvió para que desde las ruinas de ese movimiento se levantaran como dos estatuas deslumbrantes de la razón y de la fe en el hombre los dos grandes poetas de Francia, militantes del Partido Comunista, Luis Aragón y Paul Éluard.

¿Cuáles son los aliados de la intoxicación deliberada de la parálisis intelectual que invade nuestra América? ¿Quiénes son los ayudantes del suicidio de una época que podía pensar? ¿Son sólo los *Reader's Digest*? ¿Es sólo el silencio cómplice de los Steimberck, de los Hemingway? ¿Hasta qué punto circula en nuestras propias venas la [64] sangre de los muertos? En los últimos años hemos tenido en nuestra América Latina un fenómeno de extraordinaria importancia. Las artes, y en especial la pintura y la literatura, han llegado a una preocupación suprema dirigida a la vida y a las condiciones de nuestros pueblos. La pintura, y sobre todo la grandiosa pintura muralista mexicana, ha cumplido victoriosamente los mandatos de la verdad y de la historia. La literatura, en especial la novela, también se ha aproximado a nuestros pueblos pero sin pasar más allá de un realismo pesimista, de una aguda exhibición de nuestras miserias. Pocas veces, como en los casos de Jorge Amado, José Mancisidor o Rómulo Gallegos, esta literatura enraizada a la profundidad de nuestros pueblos ha logrado mostrar el camino de la liberación. Hemos llegado a producir una literatura ensimismada en los dólares, una larga cantidad de relatos que parecen destinados a no mostrar sino muros infranqueables en el camino de los pueblos.

Es nuestro deber de intelectuales combatir las corrientes morbosas de la metafísica y la sensualidad que están penetrando los subterráneos de nuestro continente.



El Presidium del Soviet Supremo de la URSS, con motivo del 70 aniversario de J. V. Stalin, ha instituido los premios internacionales stalinistas «Por la consolidación de la paz entre los pueblos».

Estos premios serán otorgados a los ciudadanos de cualquier país independientemente de sus diferencias políticas, religiosas o raciales, por los méritos contraídos en la lucha contra los incendiarios de la guerra y por la consolidación de la paz. La institución de este premio representa un nuevo y elocuente testimonio de la consecuente política exterior de paz del Estado soviético, que el

pueblo soviético llama con justeza, política exterior stalinista.

En otros tiempos la imitación europea llevó a nuestros románticos indígenas a celebrar los ruiseñores que no conocemos y hablar del mes de Mayo como el mes de la primavera. Entonces nos parecieron un poco ridículos. Hoy, además de ridículos, resulta siniestro este empeño de inyectar en las venas americanas una descomposición que no aceptamos como realidad americana. Tenemos en nuestra América un mundo por hacer y no somos abandonados náufragos de una isla tenebrosa, sino luchadores de un orden racional, sostenedores de una causa invencible. Y por cuanto ni nuestras creaciones ni nuestra lucha son actitudes solitarias, sino partes solidarias de una fuerza constructora. No aceptamos que en nuestro joven continente los enemigos de la vida y de la paz prediquen invocando altas disciplinas intelectuales: la pasividad, el aislamiento, el suicidio.

Está bien que en esta etapa de áspera lucha espíritus salidos de nuestra dolorosa arcilla hayan mostrado en toda su grandiosidad la noche que se ha cernido sobre nuestra patria americana. Pero estamos en otra época. Estamos en la época en que millones de hombres se liberan de los yugos y la muerte. [65]

La defensa de la paz no sólo exige que sus partidarios estén unidos, sino además activos.

Así lo han entendido los obreros de diversos países que aplican los acuerdos del II Congreso de la F. S. M., mediante acciones encaminadas a impedir que los imperialistas norteamericanos conviertan sus países en arsenales y bases de agresión.

Esos hechos tienen gran importancia porque únicamente con una acción intensa se podrá cerrar el camino a los que preparan la agresión.

Muestra igualmente la importancia de los acuerdos del Congreso de la Federación Sindical Mundial sobre medidas prácticas a realizar por sus secciones en defensa de la paz.

[...] feudales, en que millones de hombres rompen la esclavitud imperialista, estamos en la hora más extraordinaria de la humanidad; en la hora en que los sueños se hacen realidad porque la lucha de los hombres hizo desaparecer los sueños y aparecer la vida. Estamos en la época que ha visto entrar al Ejército Rojo y dejar en alto de la ciudadela despedazada de los asesinos hitlerianos una banda roja que contiene todas las antiguas esperanzas de los hombres; estamos en los días luminosos de las democracias populares; nos toca el honor y la alegría de vivir una época en que un poeta va ganando una batalla destinada a cambiar los destinos de centenares de millones de hombres. Ese poeta se llama Mao Tse Tung.

Estamos en la época en que canta Paul Robeson a pesar de que vandálicos nazis quieren destruir su canto, que es el canto de la tierra. Estamos viviendo los días en que el pueblo de Chile, mineros, estudiantes, pescadores, poetas, borran con piedras y palos, y con su propia sangre, la deshonra que un traidor dejó caer sobre mi patria. Vemos, junto a los baluartes de los mercaderes de guerra, junto al veneno calumnioso de una prensa mercenaria, cómo se reúnen en tierra sagrada de Cuahutemoc, de Morelos, de Zapata y de Cárdenas, miles de hombres congregados para defender e imponer la paz.

Y esto merece la atención de nuestros creadores.

La Federación Sindical Mundial, en su II Congreso, adoptó una resolución en cuyos párrafos 1 y 2 se dice:

«El Congreso decide:

»1º. Aprobar las decisiones de los Congresos de París y Praga de los Partidarios de la Paz. La Federación, sus organismos dirigentes, las Centrales sindicales y organizaciones adherentes deben tomar la parte más activa en los trabajos del Comité Permanente del Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, especialmente en toda acción de organización y de propaganda.

»2º. Los sindicatos de todos los países deben llevar a cabo una intensa campaña para denunciar a los promotores de guerra y para unir en un amplio movimiento popular por la Paz y las libertades democráticas a todos los trabajadores organizados en los sindicatos o no sindicados. Por consiguiente, hay que elaborar las modalidades más apropiadas para esta campaña según las particularidades de cada país. Allí donde las condiciones lo permitan, los sindicatos deben formar Comités de Partidarios de la Paz en las empresas y administraciones». [66]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario